

Capítulo 1

El Significado de la Sangre en el Antiguo Testamento

Esperanza de Eterna Verdad

Comienzo el tema de la sangre, desde el punto de vista bíblico, analizando su significado en el Antiguo Testamento. Dice en el libro de Levítico 17:11: *...y yo os la he dado (la sangre) para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas...* Toda persona en el mundo entero debería poder dar razón de la esperanza contenida en esta sustancia, y ciertamente, no existe persona alguna que pueda tener una esperanza más allá de la tumba sin que contemple el beneficio de la sangre de Cristo.

Quiero llamar su atención sobre la siguiente porción de la Escritura que se encuentra en Génesis 3:21: *Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles y los vistió.* Este versículo bíblico, se refiere indirectamente y por primera vez a la sangre. Sin duda, Dios no podría haber vestido a Adán y a Eva con pieles de animales, a menos que se hubiera derramado sangre. Este caso donde el inocente muere por el culpable, es típico y es uno de los énfasis que enseño en varias oportunidades a lo largo de este libro. Desde la época del Edén hasta Cristo, y durante el tiempo cuando Él vivió, aparece el sacrificio de sangre como una manera de enseñarnos y llevarnos hasta el sacrificio del cordero de Dios.

Posiblemente Adán le dijo a su esposa: «Bien, aunque Dios nos ha echado del Edén, aún nos ama, porque esta túnica es una prueba de su amor». Alguien ha dicho que Dios puso una luz esperanzadora en las manos de ellos antes de expulsarlos, cuando les dijo:

La simiente de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente (Génesis 3:15, paráfrasis del autor).

Para mí, esta es una escena muy tierna que revela el amor de Dios por la humanidad, porque Él tomó la decisión de cubrir o remitir el pecado cometido, antes de que Adán fuera separado del Edén. El hecho de que Dios trató a Adán con su gracia antes de aplicarle el juicio, induce a la pregunta: ¿Que se habría desencadenado si en su estado de culpa y caído en desgracia, el hombre hubiera podido vivir para siempre?.

Seguridad Fuera del Edén

Fue por amor a Adán que Dios lo sacó del Edén, para que no pudiera vivir eternamente. *Dios puso en la puerta al querubín con la espada encendida para que no pudiera traspasarla de ninguna forma* (Génesis 3:24 Paráfrasis del autor). Cuando vino Cristo, él tomó la espada en su propio seno y volvió a abrir de par en par las puertas del paraíso.

No sabemos cuanto tiempo vivió Adán en el Edén antes de que Satán lo descarriara. Por lo tanto, siendo la finalidad de la humanidad la redención en Cristo para alcanzar la vida, quien la lleva hasta Dios Padre, se llega a la conclusión, de que al hombre le conviene más estar con el segundo Adán (Cristo), fuera del Edén, que con el primero dentro de él, inmerso en las tinieblas de la condenación por el pecado y sin posibilidad de redención.

Dios ha hablado a través de las Escrituras en múltiples porciones y de diferentes maneras, pero siempre es la misma voz y la Palabra del mismo Dios. Observe que la nueva tierra también debe ser bautizada con sangre. La primera acción de Noé después de descender del arca, fue: *Y edificó Noé un altar a Jehová, y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar* (Génesis 8:20). Al igual que Noé, el caso de Abel no podía ser aceptado sin derramamiento de sangre: *Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda...* (Génesis 4:4).

Pero una vez más prevaleció el pecado y Dios estableció un fundamento completamente nuevo para su reino en la tierra. Por medio del llamado divino a Abraham, y del milagroso nacimiento de Isaac, Dios emprendió la formación de un pueblo que le sirviera. Es significativo encontrar que este propósito no fue desvinculado del derramamiento de la sangre. Esa fue, sin duda, la hora más solemne y decisiva en la vida de Abraham.

Dios estableció su relación con el padre de la fe por medio del pacto, exigiéndole una severa prueba de sangre. Sin embargo, la aprobó y le fue contada por justicia. Pero el examen no terminó allí, aún debía aprender que Isaac, el hijo de la promesa, quien pertenecía totalmente a Dios, debía ser ofrendado a Él, solamente a través de la muerte. Isaac estaba llamado a fenecer para su padre terrenal. Tanto Abraham como Isaac podían obtener la verdadera vida exclusivamente por medio de la muerte. Por esta razón Abraham debía entregar a su hijo sobre el altar.

Esto no constituía un mandato arbitrario de Dios. Es la revelación de una verdad divina: sólo mediante la muerte una vida puede ser consagrada verdaderamente a Él.

Se aprecia que, cuando su vida fue rendida a Dios, Él detuvo la hora suprema del trance y entonces le procuró un carnero como sustituto. La vida de Isaac se conservó necesariamente y fue suplantado en el sacrificio de sangre. Sin embargo, fue en un sentido figurado, pues por esa sangre, Isaac fue levantado de la muerte. La gran lección de la suplencia aparece en este pasaje con claridad y preponderancia.

Pasaron 400 años y en Egipto el pueblo de Israel se multiplicó, como la descendencia de Isaac. A través de su liberación de la esclavitud egipcia, Israel se conocería como el pueblo primogénito de Dios ante las naciones. Ni la gracia de la elección divina, ni su pacto con Abraham, ni el ejercicio de su omnipotencia, con la cual podría fácilmente haber destruido a todos sus enemigos, se habrían efectuado sin el derramamiento previo de la sangre.

Requisito Divino

Cuando analizamos el derramamiento de la sangre en el Antiguo Testamento surge ante el creyente una gran pregunta: ¿Por qué razón Dios exige sangre?

Al respecto, muchas personas pueden tener algún grado de confusión, e incluso, hasta se pregunten: “¿Cómo un Dios tan santo, misericordioso y bondadoso exige el derramamiento de sangre como testimonio del perdón de los pecados?”

Dice la Biblia en el libro de Levítico 17:11: *Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona.*

Imagine que el gobernador de un pueblo quiere que nadie sea privado de su libertad y abre de par en par las puertas de las cárceles y como es tan bondadoso intenta que nadie sufra así sea responsable. ¿Cuánto tiempo duraría en el cargo como gobernador? Ni 24 horas. Los mismos hombres que quieren que Dios sea misericordioso dirían: «No queremos a este gobernador por permitir actos malos y conductas erradas».

Dios es misericordioso, pero no permitirá que ningún pecador sin perdón entre al cielo. Por esta razón, Dios exige la sangre para limpiar y perdonar los pecados. El pecado entró en el mundo y trajo la muerte consigo. La palabra de Dios tiene que ser mantenida: ¿Cómo podría Dios conseguir la entrada al cielo, y al mismo tiempo eximir al pecador? ¿Cómo puede ser Dios justo y justificar al injusto? El hombre ha pecado y debe morir como consecuencia de ese pecado.

Sin embargo, ¿qué sucedería si alguien muriera en lugar del culpable, quien ha perdido el derecho a su propia vida, porque la paga del pecado es muerte? y, ¿qué pasaría si alguno lo rescatara y redimiera? ¿Qué sucedería si alguien se adelantara y pusiera su vida para liberar de la esclavitud a muchos? Estos interrogantes tiene una respuesta que llena el corazón de gozo porque la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro. Debe ser Uno sin pecados y que sin contemplaciones fuera condenado. ¡Glo-

ria a Dios en las alturas! *Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquél que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna* (Juan 3:16). El género humano no debería olvidar tan fácilmente que *...y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado* (1 Juan 1:7).

Como la sangre es sinónimo de vida, esto quiere decir que una persona sin sangre no puede vivir. La Biblia, un libro inspirado por Dios, habla de la sangre como un hilo carmesí que fluye devolviéndole la verdadera vida al ser humano. La sangre comienza a manar desde Génesis y sigue hasta Apocalipsis. Si quitáramos este tema de la Palabra de Dios, no valdría la pena apreciar la Biblia.

En tres ocasiones Levítico 17, repite que la vida de la carne está en la sangre. Si se extrae la sangre de un cuerpo, se escapa la vida. Cuando Dios exige sangre, en otras palabras, está pidiendo la vida. Ésta se perdió cuando el hombre y la mujer pecaron y fueron destituidos de la gloria de Dios. La disyuntiva es que morimos para siempre por causa de los pecados, o, encontramos un sustituto que se ofrezca en su reemplazo. De todas formas, según la mentalidad humana, es extraño encontrar a un hombre que se disponga a morir por los pecados de otro.

Pero Cristo no tenía pecado y, por lo tanto, podía sustituir a los pecadores; Cristo murió por mis pecados, y debido a que murió por mí, le amo, le sirvo y trabajo para Él. Él le arrancó su agujón a la muerte; y a la tumba su victoria. ¡Oh!, ¿no debemos hacer exactamente lo mismo por Él, vale decir, entregarle nuestras pobres vidas?

Un Sacrificio de Sangre

Pero, aún mayor es el compromiso de la redención. Ningún texto bíblico menciona la exaltación de los padecimientos de Jesús y el derramamiento de su bendita sangre, como en Isaías 53:5-6. Esta es la porción bíblica lema del *Ministerio Vida desde la Cruz* y la acepto tal como está: *Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros*

nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.

La Biblia basa en la figura de la sustitución uno de sus principios. Esto quiere decir que alguien se pone en lugar del pecador para llevar sus cargas, culpas y pecados. Es así como Juan, el Bautista, cuando vio que Jesucristo se le acercaba, exclamó estando lleno de la unción del Espíritu Santo: *...He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo* (Juan 1:29). Juan hizo la analogía basado en los ritos del Antiguo Testamento, donde se narra que era necesario el sacrificio del cordero pascual: *Y tomad un manojo de hisopo, y mojadlo en la sangre que estará en un lebrillo, y untad el dintel y los dos postes con la sangre que estará en el lebrillo; y ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana* (Éxodo 12:22). El derramamiento de sangre servía para que se untara el dintel y los dos postes de la puerta, a fin de preservar a los primogénitos de morir. Cuando el ángel de la muerte pasaba sucesivamente, casa por casa, no entraba por que veía la sangre.

Se nota que los profetas creían en el valor de la sangre. Si vamos a Daniel ¿qué hallamos? Su vida será quitada y no por sus pecados, sino por los pecados de su pueblo (Daniel 9:26). Aquí se evidencia claramente de nuevo la poderosa doctrina de la sustitución. Jesucristo, al derramar su bendita sangre en la cruz, se transformó en el Cordero pascual, de tal forma que al ser cubiertos el pecado y la muerte con su preciosa sangre, a partir de ese momento, éstos, ya no tendrían ningún efecto sobre nuestras vidas.

La sangre también era usada en el culto hebreo como un medio para ungir a los reyes y sacerdotes del Antiguo Testamento. Tenía virtud expiatoria, purificadora y santificadora en el momento de la consagración. Además, la sangre purificaba el santuario, el tabernáculo y los vasos sagrados.

El vocablo hebreo para sangre: *dam*, se utiliza de dos maneras. Frecuentemente indica violencia, como cuando se derrama sangre en la guerra o en un homicidio. Derramar sangre al cometer un asesinato, significa destruir la vida. El otro uso aparece asociado

con el derramamiento de sangre cuando se le ofrece un sacrificio a Dios.

La siguiente porción bíblica especifica: *El que derrame sangre de hombre, por el hombre, su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre* (Génesis 9:6). Aquí destaca lo sagrado de la vida humana, principio que se expone a lo largo de la Biblia, ya que la vida del hombre, hecho a la imagen de Dios, es peculiarmente preciosa. Este principio implica que un hombre no debe derramar la sangre de otro; si lo hace, Dios se torna en vengador de ella, ya que pedirá cuentas por la que se ha derramado. La sangre no podía ser bebida ni comida; era y seguirá siendo un fluido sagrado.

La expiación por el pecado era hecha mediante el sacrificio de animales en sustitución por la vida de alguien. El derramamiento de sangre era el elemento más importante para la expiación. La sangre era estimada y considerada demasiado importante para que el hombre pudiera disponer de ella. Esta prohibición obedecía, por un lado, a que la vida está en la sangre y, por el otro, a que es el símbolo de una vida que sustituye la del culpable, en el sacrificio expiatorio.

Doctrinalmente, la primera lección del Antiguo Testamento acerca de la sangre es su papel en el perdón de los pecados. Dios promete expiar la culpa y purificar al pecador mediante la sangre de un sustituto inocente. La sangre sustenta la vida y podía ser ofrecida en lugar del pecador; de allí que el Nuevo Testamento destaque el cumplimiento pleno de este concepto fundamental en la muerte de Cristo. *...fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida* (Romanos 5:10).

Lo que hacía la expiación era derramar la vida de la sangre como sustitutivo. Una vida era entregada a cambio de otra. La expresión bíblica: *...y sin derramamiento de sangre no se hace remisión* (hebreos 9:22), significa que no hay expiación sin sustitución: *...y yo os la he dado (la sangre) para hacer expiación...* (Levítico 17:11). Este es un gran principio bíblico. El acto de ofrecer sacrifi-

cios no es un invento humano; es el medio de expiación provisto por Dios mismo. La salvación viene de su trono.

El hombre no aporta nada para su propia salvación, ni antes ni ahora. Se podría decir que para la salvación, Cristo lo da todo y el hombre su fe. Cristo entrega su amor perdonador; el hombre solamente su fe, es decir, su necesidad de salvación. El hombre sólo debe creer.

La sangre simboliza la vida, pero el énfasis, como hemos visto, no está en la sangre circulando por las venas, sino en la sangre derramada. Así viene a ser símbolo de una vida terminada o entregada, habitualmente por medios violentos.

Muchos comentaristas destacan que el énfasis está en la sangre derramada, como símbolo de una vida que se entrega para morir. La presentación ritual a Dios de la sangre demuestra que una muerte ha tenido lugar para expiar el pecado.